



Al olor de la flor se le olvida la flor

LUCÍA DE LA MAZA

Actriz y autora del II Festival de Autores Jóvenes
Escuela Teatro U.C.

El pavimento enfría las noches de la calle Illionis,
la luna se deja caer febril sobre las pozas.

Corre el sudor.

Y la sangre.

Huele a muerte.

La amenaza latente de una nostalgia se hace real.

La historia es cómplice de un crimen.

La historia se va a escribir.

Que no quepa ninguna duda:
este caso será un acto público.

A veces camino por la vida y me pregunto, señores, ¿tengo que hacerlo?, ¿no es esa misión de los monos?

Hablar de **Asesinato en la calle Illionis** me pone en problemas. Ella habla mejor de ella misma.

Este policial no es más que un capricho que ya satisface. Hace tiempo que me obsesionaba la idea de escribir una obra a partir del humor negro y de la cita libre. Citarlo todo es una libertad desaprovechada casi siempre y es la mejor venganza del dramaturgo. Todo nació de una intriga básica: un principal sospechoso de un asesinato con amnesia parcial, cuya inocencia o culpabilidad sería declarada a partir de un tratamiento psiquiátrico.

Ante **Asesinato en la calle Illionis** me siento como el olor de la flor que se olvida de la flor: no puedo explicar nada, no tengo nada más que decir porque ya, en el texto, está todo dicho, y es eso: no sirven los análisis, no hay más teoría que la que ya todos sabe-

mos. Me demoro veinte segundos en explicarla: en esta obra todos quieren ser y finalmente son héroes, a pesar de sus errores, de sus crímenes. Incluso la autora. Enfermos de amnesia parcial, todos los personajes reiteran sus objetivos sin que nadie les pregunte. Parecen estar en varios lugares a la vez, van y vuelven según se necesite para contar la historia.

Alguien me dijo que era perverso.

Carne, sangre, balas, cuchillo, muertos, vivos, asesino, fantasmas, impunidad, injusticia, humillación, corrupción. ¡Pero cómo, si nos enseñaron a no burlarnos de esos temas tan serios! Perdón, yo no me burlo, yo estoy acusando, yo estoy haciendo que nos preguntemos de dónde viene nuestro goce con el drama ajeno que es signo de nuestra época, una especie de masoquismo a distancia, la TV sabe alimentar bien ese deseo.

El amor ya no nos puede salvar.

Creímos que éramos buenos, pero nos damos cuenta que la maldad es seductora y aceptamos, al menos, verla en otros. No nos molesta, la pasamos bien, pero cuando llegamos a casa no podemos dejar de buscar a la vecina en la ventana del frente, o de espiar al mismo ser que está a nuestro lado. Las ganas de matar las borramos con ver o saber que afuera se comete el crimen.

Me siento perpleja, ambigua. En estos tiempos ha muerto todo lo **absoluto**, menos la muerte. ¿Podré creer en ella? La vida me parece una gran sopa salada de verduras y fideos. Nunca estoy dispuesta a permanecer adentro.

El director tomó la obra y la pintó en el escenario. No es lo más cómodo dirigir con el autor al lado. Un proceso lento, de sacrificio y de transacciones. Y vimos **Asesinato en la calle Illionis** hecha carne. Vimos un crimen, un juicio, un veredicto, una verdad. Y un romance de los más inevitables.

¿Qué queda finalmente de mí misma? ¿Dónde estoy yo? ¿Dónde está esa persona que pasó cuatro meses con sus noches haciendo hablar a unos personajes amorfos? ¿Por qué terminó amándolos de esa manera? Ese amor es ingrato pero no me importa

demasiado. Yo sigo sola, otra vez, como antes. Otra vez al olor de la flor se le olvidó la flor.

Asesinato en la calle Illionis es una obra abierta de brazos. Nunca he tenido mucho que decir, ella sabe más el porqué de su existencia que yo misma. Si hay alguna duda, pregúntele a ella.

Cuidado, cerrad las puertas (pero no las ventanas), una savia nueva está redefiniendo el teatro de hoy y busca incesantemente tierra fértil para echar raíces, aunque sepamos bien que, cuando salga la primera flor, al olor de la flor se le olvidará la flor.

